uen mas pme

GALERIA DRAMATICA.

9305

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

Esta interesante coleccion comprende hata el dia mas de 250 comedias cuyos autores son:

D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Antonio Gil de Zárate.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Mariano José de Larra.
D. Ventura de la Vega.
D. Angel Saavedra (duque de Rivas).
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano Roca de Togores.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Isidoro Gil.
D. José de Espronceda.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Eugenio de Tapia. &c. &c.

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

11

QUIEN MAS PONE

PIERDE MAS,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

IMP ÉS.

PERSONAS.

EL REY FELIPE IV.
DOÑA ISABEL.
LEONOR.
DON DIEGO.
DON FELIX.
MOSCARDON.
INES.
DOÑA TOMÉ.
VERLANGA.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL é INES, con mantos. DON FELIX, siguiéndolas.

FELIX. Solo un momento, esperad...
Oidme...
ISABEL. No os he de oir.
FELIX. Pues os tengo de seguir...
ISABEL. No será.
FELIX. Sí...
ISABEL. Pues andad.
(*Entran doña Isabel é Ines en el zaguan de una casa, y cierran la puerta.*)

ESCENA II.

DON FELIX.

¡Oh...! ¡pese á mi desventura
y á mi dicha siempre incierta...!
¿Y ha de estorbarme una puerta
ver cumplida esta aventura?
¿Y he de quedarme corrido
sin saber quién en verdad
es esa oculta deidad
que desde el templo he seguido?
¿Mas qué dudo? ¿No me vió,
y el rostro, en estremo tanto,
con ese plegado manto
cuidadosa recató?

674637

¿Y su voz? ¿Y aquel afan
y simulada esquivez?
¿Es esta la sola vez
que yo he visto ese ademan?
¿Pasa á alguno lo que á mí?
¿Hay mas gentil maravilla...?
Vamos, es mi Isabelilla...
¡Y yo muerta la creí...!

ESCENA III.

DON FELIX. MOSCARDON.

MOSCARD. Ya me puedes ajustar
de mis salarios la cuenta,
y dime, señor, la renta
que viene en claro á quedar.

FELIX. ¡Moscardon...! ¿qué osas decir?
Presumo que loco estás.
¿Cómo es eso? ¿dónde vas?
¿no me quieres ya servir?

MOSCARD. No; no quiero á tanta costa,
que aunque eres buen caballero
has de saber que no quiero
seguir sirviéndote en posta.

FELIX. ¿Deliras?

MOSCARD. Bien puede ser;
que todo el seso perdí
yendo siempre tras de tí
corriendo á todo correr:
de amor sigues la carrera
y á lo mejor te distraes...
y me llevas y me traes
como una devanadera.

FELIX. Eres lo mismo que un roble:
¿tan fiero y en un momento?
A ver... échame el aliento,
porque pienso que estás doble.

MOSCARD. ¡Sencillo... voto á cien dueñas...!
que aunque acabo de llegar
aun no pude saludar

al puro de Valdepeñas.
No, no es su bendito humor
el que dentro el alma bufa;
lo que me emperra y afufa
es otra causa, señor.
Es esta eterna agonía,
de que por cierto me canso;
este vivir sin descanso
por tarde, por noche y dia.
Son tus perpetuas locuras,
ese afan por las mugeres,
siempre en busca de placeres,
siempre envuelto en aventuras.
Ya una cita por aqui,
cuchilladas por allá,
ya la ronda mas acá,
ya un marido por alli.
Escondites, encerronas,
desvelos, poco comer,
sustos y mucho correr...
nada, don Felix, perdonas.
Y yo ¡ay de mí! que ni aun verlo
quisiera... ¡Voto á Santiago!
al cabo soy el que pago
sin comerlo ni beberlo.

FELIX. ¿Y acaso eso es nuevo, di?
¿á qué viene ese sermon...
¿qué te pasa Moscardon?
¿por qué me punzas asi?

MOSCARD. Ahi es nada; hemos llegado
no ha dos horas á Madrid,
y en una flamante lid
amorosa te has lanzado.
Y eso que vienes, lo has dicho,
para casarte no mas...
y apenas llegas ya das
rienda suelta á tu capricho.

FELIX. Pero hombre, si esa tapada...

MOSCARD. Pues, la viste, te gustó,
y dijiste: allá voy yo
con mi amor y con mi espada.

FELIX. No, Moscardon; no le vi
el rostro, pues con cuidado
lo trajo siempre embozado,
y sin fruto la seguí.

MOSCARD. Me diera de bofetadas
si no aumentara mis males...
¿Con que son para tí iguales
descubiertas y tapadas?
Pues si todo ello es asi,
¿por qué sin saber si es fea
ó hermosa, y de qué ralea,
tan ciego la sigues, di?

FELIX. No sé; tal vez por instinto;
tal vez será que mi estrella
me manda seguir su huella
por ignoto laberinto.
Yo no alcanzo la razon
por qué con tanta premura
apenas vi su figura
se agitó mi corazon.
Ello es cierto que sentí
amor ó curiosidad
recordando á una beldad
que por dicha conocí.
Y en el templo mi ilusion
se formó de tal manera,
que su imagen hechicera
quitóme la devocion.
Nada entonces escuché,
solamente á ella veía,
y con estrema osadía
reconocerla intenté.
Pero ¡ay! que cuando iba yo
á dar crédito á mi encanto
severa interpuso el manto
y en tinieblas me dejó.

MOSCARD. En tinieblas... ¡guarda, Pablo...!
¡Pesia á mí, y mil veces pesia!
Eso es, señor, que en la iglesia
tambien te persigue el diablo.
Te quita la devocion

formando tales marañas,
y al cabo aquesas patrañas
serán tu condenacion.
Olvida esas ilusiones,
solo has visto tu deseo...

FELIX. He visto mas.

MOSCARD. No lo creo;
son diabólicas visiones.

FELIX. Las que ve tu necedad;
mas yo pienso, y con razon,
que en esta grata ilusion
hay algo de realidad.
¿De que es ella, necesita
mas pruebas mi amor insano?
¿no he visto su blanca mano
al tomar agua bendita?
Y cuando salió al cancel
¿no mostró, mal de su grado,
un pie, que bien comparado
no es otro que el de Isabel?

MOSCARD. Isabel... ¿esas tenemos?
Estupenda dicha fue
que atisvaras mano y pie...
pues al fin son los estremos;
tu ventura es sin igual...
pero fuiste negligente,
pues no la miraste el diente
con ser la mejor señal.

FELIX. Ten esa lengua burlona
para hablar de las mugeres;
tenla, necio, si no quieres
que la corte mi tizona.

MOSCARD. ¡Arre allá! Paso... ya cedo,
y á tí de hinojos acudo;
seré cojo, ciego, mudo
sin chistar... digo, si puedo.
Y ahora, si mas calmada
tu cólera está, señor,
quisiera dar, salvo error,
una vuelta á la posada.
Ya es tarde, segun lo ves,

y aun no habemos almorzado...
yo no estoy enamorado...
ni he visto manos ni pies...

FELIX. No *piques* mas, Moscardon.

MOSCARD. Esto, señor, no es *picar*,
si no querer almorzar.

FELIX. Dices bien, tienes razon.
Adonde habita ya sé,
y confio en que esas rejas
al son de amorosas quejas
abiertas al fin veré.
Mas si como siempre altiva
y hora acaso desdeñosa
velando su faz hermosa
de su clara luz me priva,
de mi ofendida señora
constante eterno vijía
me ha de ver la noche umbría
y tambien la blanca aurora.

MOSCARD. ¡Vírgen Santa, qué locura!
Segun ese juramento
¿se aguó ya tu casamiento?
¿renuncias á tu futura?

FELIX. ¡Santo Dios, qué estupidez!

MOSCARD. Es decir que te desposas...

FELIX. Cabal, porque á entrambas cosas
atender puedo á la vez.

MOSCARD. ¡Soberbio...! bien; esta sí,
señor, que va á ser cerrada.

FELIX. Anda, guia á la posada.

MOSCARD. ¡Ay de tí! y... mas, ¡ay de mí!!

ESCENA IV.

DOÑA ISABEL. INES, está observando hácia el lado por el que han salido DON FELIX y MOSCARDON: aquella dice desde la puerta

ISABEL. ¿Se alejan, di?

INES. Y á buen paso;
ya vuelta á la esquina dan...

temí, señora, un fracaso
al ver que no andaba escaso
de audacia el gentil galan.

ISABEL. Nunca fue mas comedido
don Lope de Acuña...

INES. ¡Qué!
¿Lo conoceis?

ISABEL. ¡Harto, á fé!
Mucho por él he sufrido,
y mucho tambien lloré.

INES. Es donoso.

ISABEL. A Dios pluguiera
que no dijeras verdad.

INES. Con él os mostrais severa;
¿por qué?

ISABEL. Por necesidad.

INES. ¿Lo amasteis? Saber quisiera...

ISABEL. ¡Amarlo...! no, ¡lo adoré!
Un tiempo ciega viví,
y él solo mi dicha fue;
entonce en amor creí...
mas ¡ay...! engañó mi fé.
Que hay hombres, Ines querida,
aunque donosos, traidores;
con alma tan fementida...
que son venenosas flores
en el jardin de la vida.
Tal don Lope, por mi mal
de amores me requirió...
y aquel afan que mostró,
en ingrato y desleal
á poco se convirtió.
Por eso huyendo cual ves
de sus seducciones voy,
y á Dios pido, por quien soy,
que fuerzas me otorgue, Ines,
para resistir cual hoy.

INES. ¿Quién creerá tanta falsía
en quien como en él descansa
tal donaire y gallardía?

ISABEL. Dios te libre de agua mansa.

Tal vez hoy me seguiria
con fé pura, intencion sana,
y nuevamente rendido;
mas, ¿qué es dicha tan liviana?
¿qué es hoy verle arrepentido
y otra vez pecar mañana?
A tan fugitivo amor
resistiré sin dolor...

INES. Señora, esperad por Cristo...

ISABEL. ¿Pues cómo...?

INES. ¡Ay Dios! no han visto...

ISABEL. ¿Quién?

INES. Don Diego, mi señor.

ISABEL. Nada importa, aguardaremos.

ESCENA V.

DOÑA ISABEL. INES. DON DIEGO y VERLANGA, que han estado observando desde una esquina.

DIEGO. ¿Qué os turbais, señora mia?
¿por ventura todo el dia
en la calle hoy pasaremos?

ISABEL. ¿Me aguardabais?

DIEGO. ¡Oh...! por Dios
que mal de memoria estais;
pues qué, ¿ya no os acordais
que á misa salí con vos?

ISABEL. No, don Diego; no me olvido
de que hoy acompañaos debí;
con vos á la iglesia fuí...
despues os habeis perdido...

DIEGO. No, Isabel, miradlo bien,
recordad lo que pasó...
el perdido no fuí yo.

ISABEL. ¿No fuisteis vos?

DIEGO. No.

ISABEL. ¿Pues quién?

DIEGO. ¿Decís quién?

ISABEL. ¿No me entendeis?

DIEGO. ¿Y os lo he de decir?

ISABEL. Pues no.
DIEGO. ¿Y á qué, si quien se perdió
tan bien como yo sabeis?
¿No fue, decid (¡ay de mí!)
la que con amante afan
escuchando de un galan
lisonjas, llegó hasta aqui?
¿No me dais de ella razon?
¿Sí, qué fue de su persona?
VERLANG. ¿Y de la vuestra, fregona?
INES. Calle y oiga el bellacon.
ISABEL. Luego visteis...
DIEGO. Sí, por Dios;
mucho mas que quise vi.
ISABEL. Don Diego, si eso es asi,
¿qué hicisteis entonce vos?
vos, que tanto ponderais
los sinsabores que os cuesto,
¿por qué á lo mejor, del puesto
que os entregaron, faltais?
¿No sois vos, decid, os ruego,
el que por mí se desvela?
¿no admito vuestra tutela
y os obedezco, don Diego?
¿Y no os encargó, señor,
segun me habeis declarado,
mas custodia, mas cuidado,
mi encubierto protector?
DIEGO. Atended...
ISABEL. Bien os portais.
Buena cuenta le dareis
si siempre como hoy me veis
espuesta, y me abandonais.
DIEGO. Es que...
ISABEL. Si hubierais venido,
señor don Diego, á mi lado,
me hubierais asi escusado
de escuchar á un atrevido.
Pero nada se perdió...
porque de una lengua osada,
ya que no fue vuestra espada

el manto me defendió.

INES. ¿Qué dice el lacayo ahora?

VERLANG. Calle y oiga á mi señor.

DIEGO. Bastante amenguais mi honor
con tales dudas, señora.
¿Pensais que por cobardía
dejé de seguiros hoy?
¡Isabel...! ¿creereis que soy
capaz de tal villanía?
¡Oh...! nunca dejara yo
impunes tantos agravios...
Salieron de vuestros labios
y el viento se los llevó.
Que mala cuenta daré
de vos, Isabel decís...
De dónde lo presumís
en verdad que no lo sé.
Si no os he seguido adusto
fue no mas, señora mia,
porque os vi con compañía
acaso de vuestro gusto.
Y ninguno ha respetado
vuestra voluntad cual yo...
porque asi me lo encargó
quien os puso á mi cuidado.
A lo lejos os seguí
de vuestra intencion dudoso,
y por eso receloso
de vista nunca os perdí.
Llevabais vuestra criada,
no me llamasteis... y á fé
que no teniais, pensé,
necesidad de mi espada.
A no ser asi, yo infiero,
y os juro por lo mas santo,
que si os dió defensa el manto
venganza os diera mi acero.

ISABEL. Perdonadme, si es que pudo
ofenderos hoy mi labio,
y descansad, que este agravio
no manchará vuestro escudo.

Don Diego, justa en verdad
es la opinion que gozais...

DIEGO. ¿Y qué, si de ella dudais
con tanta facilidad?

ISABEL. No dudo; ¿pues no os lo digo?

DIEGO. Es cierto, pero...

ISABEL. ¿Insistís?

DIEGO. Me herísteis.

ISABEL. Si asi os sentís
no podreis venir conmigo.

DIEGO. Sí, y con tanta mas razon,
señora, iré á vuestro lado,
cuanto que á él soy llamado
por gusto y obligacion.

ISABEL. Respeto debeis tener
al que es de mi suerte dueño,
cuando asi con tanto empeño
lo tratais de obedecer.

DIEGO. Señora, teneis razon;
de mis cuidados objeto,
le tengo tanto respeto
como á vos...

ISABEL. ¿Qué?

DIEGO. Inclinacion.

ISABEL. Señor don Diego, por Dios,
cuidado con el hablar...
no tenga que ir á buscar...
quien me defienda de vos.

DIEGO. ¡Isabel...!

ISABEL. Vamos, venid.

DIEGO. Sois mi norte, os seguiré.

VERLANG. Ande la moza que fue.

INES. Ande el buo de Madrid.

ESCENA VI.

Una sala en la casa de don Diego.

EL REY. DOÑA LEONOR.

REY. ¿Decís que salió don Diego?

LEONOR. Eso os dije.
REY. Pues me admira.
LEONOR. ¿Os admirais? ¿Esperaba
acaso vuestra visita?
REY. A estas horas suele verme
don Diego todos los dias.
LEONOR. Ya ha buen rato que salió.
REY. ¿Sabeis dónde fue?
LEONOR. Sí, á misa.
REY. ¿Solo?
LEONOR. No, con dos criados
y con vuestra protegida.
REY. ¿Y quién, Leonor, os ha dicho
que yo protejo á esa niña?
LEONOR. A mí nadie, lo sospecho...
es nada mas que malicia.
REY. ¿Tan jóven y maliciosa?
LEONOR. Un poco, señor...
REY. (¡Qué linda!)
¿En qué os fundais saber puedo?
LEONOR. En que no ha pasado dia
que no hayais, señor, venido
desde que ella en casa habita.
Antes jamas aqui os vi;
ahora, veces distintas
con mi hermano celebrais
misteriosas entrevistas.
Cabalmente, no hace mucho
que hablabais con él un dia,
y yo sin saber por qué
estraño interes movida,
me acerqué... Dios me perdone,
muy quedito, de puntillas,
á tiempo que vos deciais
y como por despedida:
"Don Diego, guardad su honor;
conozco vuestra hidalguía:
tratadla como á una hermana,
y véala yo tranquila
y venturosa, en el seno
de vuestra noble familia."

Ya veis, señor, que este caso
para mí no es un enigma.

REY. (*Con ímpetu.*)
Señora, deberá serlo
mientras que yo no...

LEONOR. (*Asustada.*) ¡Ay...!

REY. (*Reportándose.*) Decia...
que nada os debe ocupar
lo que nada significa...

LEONOR. Teneis razon. (¿Este hombre
quién es, que asi me domina?)

REY. ¿Y desde dónde, señora,
escuchasteis sin ser vista?
No recuerdo... ¿cómo fue?

LEONOR. Me ocultaba una cortina...

REY. ¿Y á la cortina os llevó,
Leonor, tambien la malicia?

LEONOR. No, fue la curiosidad,
en que soy por mi desdicha
reincidente pecadora.

REY. (Su ingenuidad me cautiva.)
Observo que vuestro hermano
tardando va en demasía,
y si os parece, podemos
hablar con menos fatiga.

LEONOR. No entiendo lo que decís...

REY. Aqui teneis una silla,
y os pido que la ocupeis...
¿qué, dudais?

LEONOR. No sé que os diga,
porque mi hermano don Diego
es de opinion que...

REY. Decidla,
si os place, con mas descanso.

LEONOR. Bien, y luego...
(*Se sientan.*)

REY. (¡Qué sencilla!)
Hareis lo que mas os cuadre...
Con que vuestro hermano opina
que...

LEONOR. Toda muger honrada

debe vivir recogida,
á la dueña y confesor
ser obediente, sumisa,
y huir el trato del mundo,
sobre todo las visitas...
porque diz que son los hombres
¿será verdad? como víboras.

REY. Tal consejo es dimanado
de la pureza escesiva
que vuestro hermano don Diego
en su noble pecho abriga.
Mas no debe darse al mundo
esa mirada tan rígida;
el mundo ofrece venturas
é inmaculadas delicias...
que al cabo de Dios es obra,
y Dios nada malo cria.

LEONOR. Eso mismo digo yo;
y acá mi opinion confirma
el que me van á casar...

REY. ¡Hola! ¿con que estais en vísperas
de casaros...? ¿Y el futuro
que va á alcanzar tanta dicha
es...

LEONOR. Don Felix de Guzman.

REY. ¿Con que á un Guzman os destinan?
Pues sabed que os enlazais
con muy alta gerarquía.

LEONOR. ¿Lo conoceis?

REY. No por cierto;
pero es cosa bien sabida
que han sido y son los Guzmanes
desde su primera línea
espejo de la nobleza
mas ilustre de Castilla.
¿Y le habeis dicho al Guzman
lo que vuestro hermano opina?

LEONOR. Jamas lo he visto.

REY. ¿Jamas?

LEONOR. Es arreglo de familia;
asi lo ordenó mi padre

al pasar á mejor vida.

REY. ¿Y cumplís su voluntad
por obediencia, ó...

LEONOR. Ya pica
usarced en curiosillo.

REY. A preguntaros me obliga,
Leonor, el grande interes
que vuestra suerte me inspira.

LEONOR. ¿Y si lo cierto os dijera,
señor, de qué serviria?

REY. Tal vez de mucho; yo puedo,
hermosa Leonor, por dicha,
interrumpir vuestra boda,
si es que no estais decidida...

LEONOR. ¿Tan grande es vuestro poder?

REY. No es cosa; pero me ligan
relaciones de amistad
con vuestro hermano, y podria...

LEONOR. Gracias, don... ¿qué nombre?

REY. Luis.

LEONOR. ¿De?

REY. (Pues vaya otra mentira.)
He nacido segundon
de la casa de los Silvas.

LEONOR. ¿Vivís en la corte?

REY. Siempre.

LEONOR. ¿Y en qué os ocupais?

REY. Ya pica
usarced en...

LEONOR. Es verdad,
á lo mejor se me olvida.

REY. ¿La corte no conoceis?

LEONOR. ¿Conocer? ¡Ay! ni una pizca:
si no conozco otro mundo
que el que hay desde casa á misa.

REY. ¿Y os pesa?

LEONOR. Me canso á fé
de tan retirada vida:
aqui en esta soledad
se van pasando mis dias:
no tengo para consuelo

ni mas hermano ni amigas...
y hasta si el sol viene á verme
es por entre celosías.

REY. Leonor, quien tiene un tesoro
de gracias tan peregrinas,
no estrañeis que asi lo oculte
á la mundanal codicia.

LEONOR. ¿Tesoro, señor? ¿y quién
podrá tenerlo en estima?

REY. (*Arrebatándose por grados.*)
Todo aquel que á veros llegue,
si es que puede humana vista
resistir al vivo fuego
que vuestros ojos fulminan.

LEONOR. No quiera Dios que mis ojos
lumbre arrojen tan activa,
porque como estais tan cerca
acaso os abrasarian.

REY. ¿Y si hubiesen ya causado
ese daño?

LEONOR. ¿Tan de prisa?
¿Pues cómo, si asi os trataron,
callabais?

REY. Porque sufria
con resignacion mi alma
del vivo incendio las iras.

LEONOR. ¿Y qué remedio?

REY. Aqui está;
en vuestra mano purísima...

(*Toma una mano á Leonor, y antes que pueda besarla sale doña Tomé precipitadamente.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DOÑA TOMÉ.

TOMÉ. ¡Mi señor...!

REY. Idos, Leonor,
que ya os buscará el de Silva,
porque hoy deja á vuestros pies
feliz el alma rendida.

LEONOR. (¿Qué nuevo lenguaje es este,
que comprendo y no sabia?)

ESCENA VIII.

EL REY.

¿Qué impura pasion es esta
que aqui en mi pecho se agita?
¿qué nuevo poder es este
que asi mi razon domina,
y me arrastra á mi pesar
hácia esa inocente niña?
Cuanto pude resistí
al brazo que me impedia
á declararla un amor
que muy vehemente principia,
pero ¡ay! que todo fue en vano;
¡á quién la pasion no humilla!
(*Embózase y se oculta en un estremo del escenario.*)

ESCENA IX.

EL REY. DOÑA ISABEL. DON DIEGO.

DIEGO. Como gusteis, Isabel;
vereis en todo cumplida
vuestra libre voluntad:
perdonad tanta osadía...
trataré de obedeceros
aunque me cueste la vida.
ISABEL. ¿Tal sacrificio pensais
hacer por cosa tan nimia?
DIEGO. Sentir y callar es cosa
que atormenta en demasía.
ISABEL. Ya vereis como no es tanto
lo que el callar martiriza;
porque esto solo atormenta
al que carece en sus cuitas
de esperanza... y vos, don Diego,
aun no la teneis perdida.

ESCENA X.

EL REY. DON DIEGO. Aquel se va acercando sin que este lo advierta hasta que le habla.

DIEGO. ¿Qué es lo que ha dicho, soberanos cielos?
¿Es esto realidad, ó fugitiva
fantástica ilusion de mis desvelos?
¿Cómo tan dulce la que ingrata, esquiva,
mis ayes escuchaba indiferente?
¿Qué es lo que ha obrado tan feliz mudanza?
¿Será verdad que brille en el oriente
el astro para mí de la esperanza?

REY. ¿Qué es ello?

DIEGO. ¡Vos aqui...!

REY. ¿Y os admirais?

DIEGO. Perdonadme, señor..., ¿habeis oido...

REY. No mas, que iluso delirando estais
con astros de esperanza...

DIEGO. (¡Soy perdido!)

REY. ¿Tal vez una comedia componeis?
Por Dios que me alegrara; esto tan solo
dobláraos mi amistad, pues ya sabeis
que suelo á veces invocar á Apolo...

DIEGO. Y siempre Apolo vuestra mente inspira;
pero nunca, señor, al desgraciado,
al que en la tierra sin cesar suspira,
del infortunio sin cesar llevado.

REY. Es que al poeta nada satisface...
y por eso os quejais hasta tal punto.
Vaya, decidme, si el decir os place,
cuál es, don Diego, el elegido asunto.

DIEGO. (El ingenio me valga.) Yo queria
pintar en primer término á una dama
bellísima, sin par, de gran valía,
y descendiente de encubierta rama.

REY. Brava ninfa en verdad; tal la pintais
que ya, don Diego, pienso que la veo.

DIEGO. Hay un galan...

REY. ¿Galan? bien lo ordenais.

DIEGO. Que á su lado alcanzó el dichoso empleo

de velar por su honor...

REY. (*Interrumpiéndole.*) Y se enamora
el bizarro galan de la hermosura,
pero tal vez el infeliz ignora
cuya es aquella portentosa hechura
que unas veces le da grata esperanza,
y otras le escucha desdeñosa y fiera.
¡Grande talento vuestra mente alcanza!
No, no me digais mas, porque quisiera
gozar de la sorpresa; ya presumo
que habrá luchas, rivales, mucho fuego...
y al cabo todo tornaráse en humo
por desgracia. ¡Muy bien! ¡bravo! don Diego.

DIEGO. Ya que tan breve su pintura haceis
alumbradme, señor; dadme un consejo.
¿Qué haré con el galan?

REY. Vos lo vereis,
teneis sana razon, mucho despejo,
y al cabo cuidareis de su destino.
Yo os encargo no mas que en la comedia
lleveis al colocarlo mucho tino...
no tenga un desenlace de tragedia.

DIEGO. (¡Ah!)

REY. Hablemos de otra cosa; me han contado
que pensabais casar á vuestra hermana.
Como tal novedad me habeis callado
será, sospecho, la noticia vana.

DIEGO. Perdonadme otra vez si algo remiso
para anunciaros el enlace anduve.
Recibid, si gustais, hora el aviso,
pues nunca empeño en ocultarlo tuve.
Don Felix de Guzman será su esposo,
que en Portugal con San German pelea,
y en esta boda que vengais gustoso
el alma mia con afan desea.

REY. Presumo que ademas de su hidalguía
será tambien galan sobremanera.

DIEGO. No lo he visto jamas, ni es cosa mia;
mi padre lo eligió en su hora postrera.

REY. Pues ya que asi os mostrásteis mal amigo
del que en vos sus secretos deposita,

estado no la deis... asi os castigo,
hasta que yo, don Diego, os lo permita.

DIEGO. Señor, pero si ya...

REY. Basta; ¿entendeis?
por vos responderé y estais salvado.
Os dejo, porque asi proseguireis
esa comedia que me habeis contado.

DIEGO. ¿Y no veis á...

REY. Veremos lo que aborta
vuestra rica y lozana fantasía,
(*Con marcada intencion.*)
y haced podeis... por si al galan importa,
á la dama de regia gerarquía.

ESCENA XI.

DON DIEGO.

¡Esto mas, Dios soberano!
¿Fue un ensueño lo que oí,
ó acaso el seso perdí...?
¡Tenedme de vuestra mano!
Al comprender este arcano
huyó la esperanza mia...
(*Recapacitando.*)
"Vuestra rica fantasía
ya veremos lo que aborta...
y la dama, por si importa,
es de regia gerarquía..."
¡Ay...! que eso decirme fue...
no levanteis tanto el vuelo,
que os puede humillar al suelo...
¡Oh...! ¡no lo levantaré!
¿Y tanto amor ahogaré
cuando mi dicha afianza?
¿Tan poco mi nombre alcanza...?
¿Y ella no me dió acogida
cuando dijo que perdida
aun no estaba la esperanza?
Sí; todo lo allana amor:
tal vez... mas ¡ay! que insensato,

asi de engañarme trato
para templar mi dolor.
No aduleis, sombras, mi error,
despejad la mente mia,
dejadme con mi agonía...
¿para qué de hoy mas os quiero?
Decidme, de ella ¿qué espero
si es de regia gerarquía?

ESCENA XII.

DON DIEGO. MOSCARDON.

MOSCARD. Gracias á Juan Peranzules,
que ya con alguien topé.
DIEGO. (*Reparando en él.*) ¡Cielos!
MOSCARD. ¿Me dareis razon,
si el dármela os está bien,
de don Diego de Mendoza?
DIEGO. (Yo he visto á este criado.)
MOSCARD. ¿Eh...?
(¿Será sordo?)
DIEGO. (Y no recuerdo...)
MOSCARD. (Me mira sin responder...
Vamos, es como una tapia:
provaremos otra vez.)
(*Alto.*)
Repito que...
DIEGO. Hablad mas bajo.
(Asi de dudas saldré.)
¿Habeis hoy estado en misa?
MOSCARD. (Ya no es sordo, loco es.)
DIEGO. Contestadme.
MOSCARD. ¿Sois acaso
del tribunal de la fé?
DIEGO. Decidlo, porque me importa.
MOSCARD. ¿Mucho, mucho?
DIEGO. Mas que creeis.
MOSCARD. Pero señor, ¿y qué os puede
interesar el saber
que yo sea buen cristiano...

ó que me lleve Luzbel?

DIEGO. Nada, el que cargue con vos;
lo otro, mucho: responded.

MOSCARD. (¡Vaya un lance! ¿A que me escapo
y salgo á todo correr?)

DIEGO. Contestadme...
(*Va á asirlo del cuello.*)
¡Ó vive Dios!

MOSCARD. ¡Jesus, María y José!
(¿Hácia dónde cae la puerta?)
(*A don Diego, que se le interpone.*)
¡Dejadme quieta la nuez!

DIEGO. ¿Estuvisteis hoy en misa?

MOSCARD. ¡Estuve!

DIEGO. ¿Dónde?

MOSCARD. No sé...
en Roma, en Constantinopla,
en la Cartuja de Argel,
en el Gólgota, en Marruecos,
en el portal de Belen,
en el Limbo y Chimborazo...
donde querais, escoged.

DIEGO. ¡Villano! ¿os mofais de mí?
Sino decís dónde fue...

MOSCARD. Eso os lo dirá mi dueño.

DIEGO. ¿Y quién vuestro dueño es?

MOSCARD. Es don Felix de Guzman.

DIEGO. ¡Guzman habeis dicho!!

MOSCARD. Amen.

DIEGO. ¿El futuro de mi hermana?

MOSCARD. El mismísimo, eso es.

DIEGO. ¿Y dónde está?

MOSCARD. Está en la calle
esperando á que le deis
permiso para abrazaros...

DIEGO. Decidle que entre.

MOSCARD. Si haré.
(Que me emplumen si me meto
á embajador otra vez.)

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

No me resuelvo á creerlo.
Don Felix... ¡Ay Dios! ¿será
el mismo que esta mañana
siguió á Isabel tan audaz?
Zelos... ¡callad! Honra mia,
en grave peligro estás.
Y si es cierto, ¿puede darse
mas cruel casualidad?
¡Oh...! yo guardaré á Isabel
y no la verá jamas.
¡Cielos...! mostrarse piadosos,
y mi razon alumbrad.

ESCENA XIV.

DON FELIX. DON DIEGO.

DIEGO. (¡Oh rabia! no fue ilusion:
es el mismo por mi mal.)
FELIX. ¿Sois don Diego de Mendoza?
DIEGO. Sí... ¿y vos sois el de Guzman?
FELIX. Sí, tambien.
DIEGO. Guárdeos el cielo.
FELIX. Y á vos no os llegue á olvidar.
DIEGO. Tan pronto no os esperaba.
FELIX. Ni yo tampoco en verdad
pense que regresaria
tan pronto de Portugal
para ser hoy recibido
de vos con tanta frialdad.
DIEGO. Don Felix, me han sucedido
hoy casos de esencia tal,
que á ser grosero me obligan
con todos á mi pesar.
FELIX. Sentidlos pues si os molestan,
ó al traste con todo dad;
pero pienso que no es justo

que paguemos los demas.

DIEGO. Lo que hoy, don Felix, me pasa
es de tanta gravedad,
que si llegais á saberlo
vos me habeis de disculpar.

FELIX. No os entiendo.

DIEGO. Bien quisiera...
mas no puedo decir mas;
ya lo sabreis algun dia...
ante todo descansad:
seguidme, y os mostraré
dó os habeis de aposentar.

ESCENA XV.

DON FELIX.

Por Dios que está misterioso
mi don Diego... y en verdad
que yo con mas miramiento
no lo he podido tratar...
¿Cuánto va que todo aquesto
se lo lleva Barrabas?
(*Vase por donde don Diego.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion de sala.

ESCENA PRIMERA.

INES. MOSCARDON.

INES. Alegre sois por demas.
MOSCARD. Como unas pascuas, Ines;
y lo mismo que hoy me ves
casi siempre me verás.
INES. ¿Vuestro nombre?
MOSCARD. Moscardon.
INES. Mosca sois, y de las malas.
MOSCARD. Mosca, sí, pero sin alas,
y un tantico de aguijon.
INES. Al diablo os doy.
MOSCARD. ¿Cómo asi?
INES. Porque picareis cruel.
MOSCARD. ¡Bobada...! sabe que en él
solo miel hay para tí.
INES. Dádsela á quien vos la quiera.
MOSCARD. ¿Al dulce, Ines, no te inclinas?
INES. No gusto de golosinas.
MOSCARD. Pues eres tú la primera.
Y no digas tal, porque
si en el mundo has de vivir,
nadie en él puede decir
de esta miel no cataré.
INES. Vuestro dueño no es asi.
MOSCARD. Es lo mismo que yo soy.
INES. No tal, porque está desde hoy
en casa y aun no le vi.
MOSCARD. ¿Y eso qué?
INES. Que es mas juicioso,

que de hablar no tendrá flujo,
y que vive á lo cartujo
cuando viene á ser esposo.
¿Asi es lo mismo que vos?
De casa al punto ha salido...

MOSCARD. Verdad, y acaso habrá ido...

INES. ¿Dónde?

MOSCARD. A encomendarse á Dios.
(De centinela estará
en la puerta de Isabel.)

INES. No sabemos si es doncel...

MOSCARD. Cuando vuelva ello dirá.

INES. Pues á mí se me figura
que mal con salir obró,
porque ante todo debió
saludar á su futura.

MOSCARD. Bastante tiempo le queda
para besarle los pies...
y no te apures, Ines,
suceda lo que suceda.
¿Qué importa? ya se verán
mano á mano los señores,
tratarán de sus amores
y arreglados quedarán.
Con lo ageno nunca engordes,
¡pese á mí y pese á tu casta!
con muy poco tiempo basta
para que queden acordes.
Ya lo ves, tengo razon;
con habernos hoy hablado
parece nos han templado
en un mismo diapason.

INES. Presumís ya por demas.

MOSCARD. Pues yo pensé que era poco.

INES. ¿Acaso estuvísteis loco?

MOSCARD. Si no fuí cuerdo jamas.
¿Y quién con juicio quedara
al mirar, donosa Ines,
esas manos y esos pies,
y ese talle y esa cara?
y ese... vamos, yo no sé

quién no comete un desliz...
(*Va á abrazarla.*)
¡Oh sublime fregatriz...!

ESCENA II.

INES. MOSCARDON. VERLANGA.

VERLANG. ¡Voto á San Bartolomé...!
MOSCARD. A tiempo llegas, Verlanga.
VERLANG. Para que armemos quimera.
MOSCARD. Hombre, no; si aquesto era
no mas que una... mojiganga.
VERLANG. ¿En mis barbas un abrazo?
MOSCARD. No se llegó á consumar.
VERLANG. Moscardon, te he de matar.
MOSCARD. Eso, de golpe y porrazo.
VERLANG. Y á esta...
MOSCARD. Hermano, no la toque.
VERLANG. ¿Por qué?
MOSCARD. La defiendo yo.
VERLANG. Muéstralo.
MOSCARD. Tan pronto, no;
déjate que me sofoque.
VERLANG. ¿Y cuándo?
MOSCARD. Sábelo Dios;
me enfado de tarde en tarde,
pero en llegando á...
VERLANG. ¡Cobarde!
INES. ¿Cuál lo es mas de entre los dos?
VERLANG. Si no fuera porque miro...
MOSCARD. Si no fuera porque Ines
está aqui...
INES. ¿Sí? vaya pues;
empezad, ya me retiro.
MOSCARD. ¿Y lo abandonas asi?
VERLANG. Si te vas, pobre de él.
INES. Que sale doña Isabel.
VERLANG. Eso te vale.
MOSCARD. Y á tí.
Véngase conmigo el page.

VERLANG. Vámonos, que gente llega.
MOSCARD. Vámonos, y en la bodega
haremos los dos corage.

ESCENA III.

DOÑA ISABEL, por la derecha. INES.

INES. ¡Já...! ¡já...! ¡já...!
ISABEL. ¿Qué es eso, Ines?
INES. ¡Ay señora...!
ISABEL. ¿Qué te pasa?
INES. Me río... mal digo, lloro...
pero de risa.
ISABEL. ¿Y la causa?
INES. Dos amantes furibundos,
dos horribles salamandras
que á poco por mi persona
y aqui mismo se hacen rajas.
ISABEL. ¡Ay! no juegues con amor,
porque á lo mejor se cansa,
y suele trocar las burlas
en realidades amargas.
INES. Señora, vivo tranquila
y no temo sus venganzas,
porque jamas en mi pecho
he querido darle entrada.
ISABEL. Dichosa mil veces tú
que alegre la vida pasas,
sin porvenir ni ilusiones,
sin ayer y sin mañana.
Mil veces dichosa tú,
que en todo delicias hallas
y con el amor te ries...
¡Oh...! nunca te cueste lágrimas.
Nunca el cielo lo permita,
porque una vez derramadas
toda una vida de penas
y de amarguras regalan.
Entonces nada se espera,
los desengaños se palpan,

y solo un hondo pesar
clavado queda en el alma.
Nunca, nunca te enamores;
haces bien, vive con calma...
pero de amor no te burles,
que es niño y pronto se enfada.

INES. De amor no me burlo yo,
Dios no quiera que tal haga;
de algunos amantes, sí,
como... pero ¡ah! me olvidaba...
¿No sabeis...?

ISABEL. ¿Qué?

INES. Pues no es cosa;
que debe de estar en casa
el arrestado galan
que nos siguió esta mañana...

ISABEL. ¿Qué dices, Ines?

INES. Lo cierto.

ISABEL. ¿Deliras?

INES. No tal; jurara
que es él.

ISABEL. ¿Pero tú lo has visto?

INES. A él no.

ISABEL. ¿Pues á quién?

INES. Cachaza.
Aqui he visto á su criado...

ISABEL. ¡Dios mio!

INES. Pero me pasma...
que tambien criado sea...

ISABEL. ¿De quién?

INES. Me admira...

ISABEL. Despacha.

INES. De don Felix de Guzman.

ISABEL. ¿El que con Leonor se casa?

INES. El mismo.

ISABEL. No puede ser...
Don Felix... no, no, te engañas.
Si aquel es Lope de Acuña:
¿cómo á don Felix lo igualas?

INES. No sé; pero este criado
es del otro viva estampa.

ISABEL. ¿Le has dicho...
INES. Disimulé;
no le quise decir nada
por si era el mismo...
ISABEL. Imposible.
INES. Parece cosa de magia,
pero yo no sé qué os diga.
ISABEL. ¿Hay tal empeño?
INES. Bien, basta;
pero hasta saber lo cierto
no recojo mi palabra.

ESCENA IV.

DOÑA ISABEL.

¡Ay...! ¿qué nuevas son estas,
inexorable amor...
que solo al escucharlas
se turba mi razon?
¿Por qué asi me recuerdas
la dicha que pasó,
si apenas me la diste
llevósela un traidor?
¡Ay...! dejame tranquila
y no me sigas, no...
¿no ves que voy buscando
la paz del corazon?

ESCENA V.

DOÑA ISABEL. LEONOR.

LEONOR. ¿Estais sola, Isabel?
ISABEL. Sí.
LEONOR. ¿Llorais?
ISABEL. ¿Qué? Leonor.
LEONOR. Pensé que en vos notaba
señal de llanto...
ISABEL. No;
estoy asaz tranquila.

LEONOR. ¿Vivís contenta?
ISABEL. ¿Y vos?
LEONOR. Jamas al pecho mio
la calma le faltó...
pero hoy no sé qué siento;
no sé qué turbacion
es esta que del alma
audaz se apoderó.
ISABEL. ¿Y vos no comprendeis
por qué es eso, Leonor?
LEONOR. Quisiera por mi vida...
¿sabéislo acaso vos?
ISABEL. ¿Cuál puede ser el móvil
de tanta agitacion
si no el cercano enlace...
el natural temor
del plácido himeneó
que ya os espera...
LEONOR. ¡Ay Dios...!
ISABEL. ¿Su nombre asi os asusta?
Teneis mucha razon,
que ya infunde una boda
en vez de anhelo, horror.
No sé por qué nos llaman
sublime creacion,
y alcázar do la dicha
sus dones derramó.
No sé, porque en verdad,
lo digo con dolor,
¿qué somos si no esclavas?
Juzgad esto por vos...
¡esclavas y juguete
de sórdida ambicion!
LEONOR. Sí, pobre mercancía
de mas pobre valor.
ISABEL. Nosotras no podemos
alzar la débil voz,
que es débil, y por eso
no llama la atencion.
Estado nos señalan,
¡ay! ¿no es cierto Leonor?

y nunca se consulta
á nuestro corazon.
¿Qué importa... de qué vale
en tal caso el amor
ni el ver que triste gime
la víctima? No, no;
con tal de que se alcance
algun nuevo blason
que aumente del escudo
la gloria y el valor,
nosotras resignadas
con mucha devocion
debemos ir humildes
al ara del Señor.
¿Qué importa que pregunten
alli nuestra opinion?
¿qué importa? Si cediendo
al impulso del temor
el labio dice *sí*,
y el alma dice *no*.
¿Sabeis lo que tenemos
alli en nuestro favor?
que al labio oyen los hombres
y al alma la oye Dios.

LEONOR. Dices tales verdades...
¿quién tanto os enseñó?

ISABEL. ¿Quién? nadie: igual maestro
que tuve, teneis vos:
abrid bien vuestros ojos,
mirad en derredor,
y desto que yo os digo
tendreis una leccion.

LEONOR. Sí... cierto, y os comprendo.
Casarse... ¡Santo Dios!
Por siempre unir mi suerte...

ISABEL. Y unirla sin amor.

LEONOR. ¡Horrible...! cruel idea...
¿Y no hay remedio?

ISABEL. No;
¿remedio preguntais?
las lágrimas, Leonor...,

y mas si por ventura
hicísteis ya eleccion...

LEONOR. ¡Sí, sí...!

ISABEL. Dios os proteja,
piedad tenga de vos...
que sois niña, y la suerte
os niega su favor.

LEONOR. Ya veis, ¿habrá en el mundo
mas triste situacion...?

ISABEL. ¡Haberla...! ¿lo dudais?
La mia no es mejor.

LEONOR. ¿La vuestra...? habeis llamado
con eso mi atencion.
Por cierto es misteriosa...
decidme por favor,
¿acaso es vuestro hermano
aquel que aqui os dejó...?

ISABEL. ¡Ay Dios! que al preguntarme habeis herido
con un triste recuerdo mi memoria.
¿Qué objeto á preguntarme os ha movido?
¿saber quereis mi desdichada historia?
Mi hermano, preguntais... razon tenia
negando á vuestra suerte
tanto rigor como á la suerte mia...
rigor que solo templará la muerte.

LEONOR. Me asustais, Isabel; ¿tan olvidada
os tiene la fortuna?

ISABEL. Vedme sola en el mundo, abandonada,
sin esperanza alguna:
¿sabeis lo que he sufrido?
¿cuánto en silencio mis desdichas lloro?
Yo que un alma orgullosa he conseguido...
¡y á quién le debo mi existencia ignoro!
¡Ay...! ¿quiénes de mi ser autores fueron?
¿Los que tanto olvidaron mi inocencia,
y solo por herencia
para ver mi horfandad ojos me dieron?
Ya veis, Leonor, si con razon suspiro.
La mano generosa
que en vuestra casa me ofreció un asilo
esquiva mis preguntas cuidadosa,

y guarda este secreto. Llevad cuenta,
Leonor, de nuestras penas, y hallareis
que vos solo teneis
que llorar un amor, y yo una afrenta.

LENOR. Nunca, nunca...

ISABEL. ¿Y pensais que es esto solo?
Tambien cual vos lamento
un amor infeliz, que dióme un dia
para sufrir mi desventura aliento.
Entonces él ¡ay Dios...! mi bien formaba,
y olvidé mi pesar, porque creía,
cuando ciega el amor me arrebataba,
que aquella vida de ilusiones bellas
jamas se estinguiría.
Y todo fue ilusion. Pronto vinieron
realidades sin fin, y de mi lado
los honestos placeres tanto huyeron
que no quedó ninguno.
Ninguno... Pero ignoro
con qué objeto, Leonor, os importuno
si yo no mas mis desventuras lloro.
Sí... ya va á oscurecer. Viene la noche
como siempre á brindarme horas serenas.
A Dios quedad, que con mi angustia voy
adonde suelo adormecer mis penas.

ESCENA VI.

LEONOR.

¡Oh...! ¡cuántas debe sufrir
tu elevado pensamiento
en medio de las tinieblas
que oscurecen tu abolengo!
¡Y cuánto padezco yo
tambien con ese misterio
que cuanto mas lo recabo
con mayores dudas quedo!
¿No es su hermano el que hoy causó
tanta inquietud á mi pecho
y tanta encontrada lucha

de esperanzas y recelos?
¿El que de tantos afanes
siendo causa, aun no contento
audaz me exije una cita
en el jardin... ¡Dios eterno!
alumbrad mi confusion,
velad por mí, yo os lo ruego,
que no sé qué es lo que sufro
ni adónde mis pasos llevo.

ESCENA VII.

LEONOR. DON DIEGO.

DIEGO. Leonor.
LEONOR. Hermano.
DIEGO. ¿Sabeis
de Isabel?
LEONOR. De su aposento
há un instante que salió.
DIEGO. ¿Y fue...?
LEONOR. No sé. Sin sosiego,
señor, Isabel os trae.
DIEGO. ¿Por qué lo decís? (Es cierto;
entre ella y su audaz galan
estaré siempre interpuesto.)
LEONOR. ¿El por qué me preguntais?
porque hace dias que os veo
ir tras ella sin descanso
hecho sombra de su cuerpo.
DIEGO. ¿Y quién os ha dado á vos,
Leonor, el menguado empleo
de ser Argos de mi vida?
LEONOR. ¿No soy vuestra hermana?
DIEGO. Cierto.
¿Y con eso qué inferís?
LEONOR. Nada; que siendo asi... debo
velar constante por vos...
por interes... por...
DIEGO. Entiendo.
No os tomeis ese trabajo,

ni asi gasteis vuestro tiempo,
que yo me basto á mí solo...
vuestro interes agradezco.

LEONOR. Siempre adusto.

DIEGO. Qué quereis;
perdonadme, este es mi genio,
ya lo sabeis.

LEONOR. (Si pudiera
aclarar este misterio.)
Me causais tantos pesares,
hermano, con vuestros fieros,
que de vos no sé qué diga...

DIEGO. Hermana, mucho lo siento;
pero ya sabeis...

LEONOR. Y cuando
se cifra todo mi anhelo
en agradaros.— ¿Tan mala
correspondencia os merezco?

DIEGO. ¿Pero á qué...

LEONOR. ¿Pensais acaso,
porque veis guardo silencio,
que por la hermosa Isabel
como vos no me intereso?

DIEGO. Jamas he pensado tal.

LEONOR. Yo la estimo...

DIEGO. Sí; bien hecho.

LEONOR. Y cualquiera sacrificio
hiciera, hermano don Diego,
con tal de decirle un dia
el nombre de sus abuelos.

DIEGO. Leonor, á vos solo os toca
callar, y jamas meteros
en lo que nada os atañe;
respetad mas los secretos.

LEONOR. ¿Qué acaso vos ya sabeis...

DIEGO. ¡Yo...! Leonor... (¡Harto lo siento!)

LEONOR. Y como estoy deseosa,
señor, tambien de saberlos,
le pregunté esta mañana...

DIEGO. ¿A quién...?

LEONOR. A ese caballero...

DIEGO. ¿A cuál decís?
LEONOR. Al que viene
algunos dias á veros...
DIEGO. ¡Y habeis hablado con él!
LEONOR. Hoy no mas, solo un momento...
DIEGO. ¿Y qué os dijo...?
LEONOR. Lo que vos...
lo que hubiera dicho un muerto.
DIEGO. Por Dios que anduvísteis hoy
curiosa, hermana, en estremo.
LEONOR. Yo por el bien de Isabel...
Decidme, ¿es amigo vuestro?
(*Retirándose despacio.*)
DIEGO. Sí, Leonor.
LEONOR. Pues apostara
que con ella hay parentesco...
DIEGO. Curiosa, ¿otra vez volveis?
Callad, y no me hableis de eso.
LEONOR. Él en la corte será...
DIEGO. Para vos no es mas que cero.
LEONOR. ¿Se llama don Luis...?
DIEGO. ¡Leonor...!
pesada estais: no os comprendo...
LEONOR. Hermano... si os pregunté...
DIEGO. ¿Y qué os importa, acabemos,
que se llame don Luis
ó se llame don Ernesto?

ESCENA VIII.

LEONOR.

Salir de dudas pensé,
pero como nada puedo
con iguales dudas quedo;
inútil mi empeño fue.
¡Válgame Dios! yo no sé
si estas dudas tendrán fin...
(*Saca un papel y lee.*)
"Bellísimo serafin:
si escusar mi mal quereis

esta noche me hallareis
temprano en vuestro jardin."
¿Qué mal le puedo escusar?
¿Iré...? pero estos recelos...
¿y si nos descubren...? ¡Cielos...!
¿mas quién nos ha de encontrar?
¿Y si asi llego á aclarar
este misterio cruel,
y puedo templar con él
de Isabel el sentimiento?
¿Bajaré? Solo un momento,
y solo por Isabel.

ESCENA IX.

Jardin: puerta practicable en el fondo. - Es de noche.

ISABEL.

Dulce calma de mi vida,
santa quietud, ¿qué te has hecho?
¿dónde estás?
¿Por qué dejas la guarida
que escojistes en mi pecho?
¿dónde vas?
No tanto el paso aceleres...
¿qué causa tus sinrazones
y esquivez?
¿Es que acaso verme quieres
esclava de las pasiones
otra vez?
¡Ay...! ten piedad de mi duelo...
¿no ves que llorando voy
tras de tí?
Tú que fuiste mi consuelo
¿asi me abandonas hoy...?
¡ay de mí...!
Un tiempo mas venturoso
en este sitio solia
hallar solaz,
Y el céfiro cariñoso

embalsamado venia
á darme paz.
Pero hoy... aquella ventura
y el blando céfiro amigo...
¡todo huyó...!
Y otra vez la noche oscura
de mis pesares testigo
á ser volvió.

ESCENA X.

ISABEL. DON FELIX y MOSCARDON, por el fondo.

FELIX. Los vientos bebí por ella
y encontrarla no he podido.
MOSCARD. Pues yo tambien he bebido
y no viento...
FELIX. El labio sella;
que bebiste en demasía.
MOSCARD. No lo niego.
ISABEL. (Huid de mí,
ilusiones, y no asi
agiteis el alma mia.)
FELIX. Déjame aqui solazar
mis penas entre las flores.
ISABEL. (Corazon, sufre y no llores...
¿para qué quisiste amar?)
FELIX. Aqui descansar deseo.
MOSCARD. Echémonos á dormir.
ISABEL. (¡Ay...! ¡tu destino es sufrir...!)
FELIX. Me parece que alli veo
una ondulante figura...
MOSCARD. Pues yo veo mas de mil.
FELIX. ¿Será acaso la gentil
doña Leonor mi futura?
Pues á conocerla llego
por esto y por cortesía...
Hermosa señora mia...
ISABEL. ¿Quién llega...? (¡Ay Dios!) ¿Es don Diego?
FELIX. Es el que feliz será
vuestro esposo... ¿Desvarío,
ó es Isabel?

ISABEL. ¡Oh...!! ¡Dios mio...! (*Vase.*)
MOSCARD. El diablo contigo está.
FELIX. ¿Qué es esto...? ¿Delirio fue?
¡Oh! no, que la hallé por fin...
Toma la vuelta al jardin,
y si la hallas, llámame. (*Vase.*)
MOSCARD. Con que si la hallo... pues voy;
y que la búsque, entendí...
pero ¿y quién me busca á mí?
¿quién me dice dónde estoy? (*Vase.*)

ESCENA XI.

DOÑA LEONOR.

Paréceme que escuché
hácia este sitio rumor...
¿será acaso que el valor
me va faltando? No sé.
Sin duda que me engañé;
fue ilusion. Sí, bien lo creo;
nada escucho... nada veo...
¿Mas qué me pasa... ¡ay de mí!
que estar no quisiera aqui,
y aqui me manda el deseo...?
Corazon, inquieto estás;
¿por qué tanto me desvelas?
¿Di, qué temes, qué recelas
cuando tales voces das?
Cada vez te agitas mas...
cesa, cesa; di, cruel,
¿no vengo por Isabel?
¿qué me anuncia tu latido...
(*Oyese abrir la puerta del fondo.*)
¿qué rumor... qué es lo que he oido...?
Un hombre... ¡Dios mio! es él.

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR. EL REY.

REY. ¿Es Leonor...?
LEONOR. ¿Es don Luis?

REY. Sí señora, el mismo es,
que hoy feliz á vuestros pies...
LEONOR. Rendido en verdad venis.
REY. ¿Pues de qué suerte, Leonor,
me esperabais?
LEONOR. Yo no sé,
ni á decirlo acertaré...
que estoy turbada, señor.
REY. ¿Temor tal vez os inspira
quien con estremo os adora?
¿temor nada mas, señora,
quien tanto por vos suspira?
LEONOR. ¿Qué habeis dicho, vos me amais?
REY. Eso lo que dije fue.
LEONOR. ¿Que pronto me casaré,
señor don Luis, olvidais?
REY. Ya os dije... ¿se os olvidó,
ú olvidarlo os acomoda,
que no se hará vuestra boda,
pues basto á estorbarla yo?
LEONOR. Y cuando tal escuché
el cómo llegué á dudar.
Decidme...
REY. Dejadlo estar;
lo que ofrecí, cumpliré.
LEONOR. Gran recelo me infundís...
¿mi hermano volverse atras?
REY. Soy su amigo...
LEONOR. ¿Nada mas?
Eso es poco, don Luis.
REY. Con él tengo valimiento...
¿pero esto, Leonor, qué importa?
Es corta la noche...
LEONOR. ¿Corta?
REY. A vuestro lado un momento.
LEONOR. Tales cosas me decís,
tales en vos observé,
que en verdad de vos no sé
qué he de pensar, don Luis.
REY. ¿No os inspira confianza
mi activa ardiente pasion?

LEONOR. Si todo sois confusion,
si nada mi mente alcanza
de este misterio cruel...
por demas sois reservado:
tambien os teneis guardado
el secreto de Isabel...
¿Con qué fin, decidme...

REY. (¡Cielos!)

LEONOR. ¿Qué interes en ello os va?

REY. Leonor, ¿de ella que se os da?

LEONOR. ¿No pudiera darme zelos?

REY. ¡Zelos...! ¿Tal pude escuchar?

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR. EL REY. DON DIEGO, que al reconocer á los que estan en la escena, se retira á un lado desde donde pueda escuchar lo que hablan.

REY. Juro por lo que mas quiero,
y á ley de buen caballero,
que en nada os debe inquietar.

LEONOR. Bien jurais...

DIEGO. (¿Gente aqui?)

LEONOR. ¿Es costumbre cortesana?

REY. ¡Leonor!

DIEGO. (¡Oh!! ¡con él mi hermana!
¡hay mas duelos para mí!)

REY. Sois aguda como bella.

LEONOR. Lisonjero es el amor.

DIEGO. (¡Que asi atente él á mi honor...!
¡que asi me deshonre ella!)
(*Tomándola una mano.*)

REY. Tambien juro de este modo.

LEONOR. Señor, quedo... ¿estais en vos?

DIEGO. (¡Esto escucho! Vive Dios
que doy en tierra con todo.)

REY. Por vos preso viviré,
tambien lo juro, desde hoy.

DIEGO. (Pues yo juro por quien soy
que libertad te daré.)

LEONOR. Podeis iros, don Luis.
DIEGO. (¿Tambien el nombre cambió?)
REY. ¿Pues tanto tiempo pasó?
¿tan pronto me despedís?
LEONOR. ¿Qué mas quereis?
REY. Otro instante...

ESCENA XIV.

DOÑA LEONOR. EL REY. DON DIEGO. DON FELIX.

FELIX. (Vive Dios que la perdí.)
DIEGO. (¡Tambien don Felix aqui!)
FELIX. ¿Adónde iré delirante
que pueda templar mi sed...?
REY. Esquiva sois...
LEONOR. Idos ya.
FELIX. ¡Qué escucho...! ¿Es ella...? ¡Quién va!
REY. Huid.
LEONOR. ¡Dios mio!!

ESCENA XV.

EL REY. DON FELIX. DON DIEGO.

REY. ¡Tened!
FELIX. ¡Un hombre...! y aqui... ¿qué haceis?
dejad paso..., ó vive el cielo
que os hago medir el suelo.
REY. En vano lo intentareis;
cerrado este paso está.
FELIX. Tened esa lengua osada...
que abrirlo sabrá mi espada.
REY. La mia os lo estorbará.
(*Riñen.*)
FELIX. Haceos atras.
REY. Nunca, no.
FELIX. Pues os mato.
DIEGO. (*Interponiéndose.*) ¡Caballeros!
dad descanso á los aceros...
ved que estoy en medio yo.

(*Al rey sin mirarlo.*)
Vos, quien quiera que seais,
nocturno valiente Cid...
al punto de aqui salid
y á mi jardin no volvais.
Porque otra vez puede ser
que en vez de avisos humanos...
encontreis fieros alanos
que os hagan retroceder.
Salid, y sin replicar...
yo os lo mando... ¿hais entendido?

REY. (Por si no me ha conocido
lo mejor será callar.)

ESCENA XVI.

DON DIEGO. DON FELIX.

(*Don Diego ase del brazo á don Feliz en actitud de sujetarlo, y quédase mirando al rey hasta que desaparece.*)

FELIX. ¡Don Diego...!

DIEGO. ¡Silencio vos!

FELIX. ¿Qué, no me dejais reñir
y asi lo dejais salir...?

DIEGO. Asi conviene á los dos.

FELIX. Dejadme; tras del iré...
vos no habeis sido testigo...
(*Llevándoselo con ímpetu.*)

DIEGO. Don Felix, venid conmigo
y en todo os satisfaré.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala amueblada al estilo de la época: puerta en el fondo: otra á la derecha del espectador que conduce al cuarto de Isabel, y otra á la izquierda oculta detras de una cortina de damasco.

ESCENA PRIMERA.

DON FELIX. MOSCARDON.

MOSCARD. ¿Qué me cuentas, otro viaje?
FELIX. Otro, sí.
MOSCARD. ¡Válgame Cristo!
¿Pues qué, todo se acabó?
FELIX. Se acabó.
MOSCARD. Muy bien; ¡magnífico!
¿Y adónde vamos?
FELIX. No sé.
MOSCARD. Señor, parecemos grillos,
ó cigarrones; pues todo
se vuelve saltos y brincos.
FELIX. Cómo ha de ser, Moscardon;
asi lo quiere el destino
que preside á mis amores.
MOSCARD. Le diera yo á ese mocito
brava cosecha de palos,
de moquetes y pellizcos,
no mas que porque se mete
á presidir tan solícito
amores que no son suyos
ni deben de darle un pito.
FELIX. Ahi veras.
MOSCARD. Vaya que es bueno,
y sobremanera lindo,

que cuando podemos ir
por un derecho camino
entre jardines y flores
hechos unos insectillos;
á esta quiero, á esta no quiero,
toco en una, en otra pico,
se empeñe sin mas ni mas
el ilustre don Destino
en llevarnos por malezas,
entre pantanos y riscos,
aqui tropiezo, alli caigo,
mas acá me deshocico,
me desnuco, hundo y entierro
y... sabe Dios. ¡Qué suplicio!

FELIX. Déjalo, que él cesará
de prodigarnos martirios.

MOSCARD. Señor, ¿y si cuando cese
nos ha desollado vivos?

FELIX. ¡Vive el cielo que es verdad,
y que en vano me resigno
á sufrir tantos azares
y sin sabores contínos!
Solo siento que lo que es
de todo mi mal motivo
no sea cosa palpable,
aunque fuera un basilisco,
para meterme á estocadas
buscando á mi pena alivio...
que entonces, sino contento,
estaria entretenido.

MOSCARD. Y yo tambien ¡voto á nadie!
estoy ya, señor, que trino,
y en faz de habérmelas luego
con... con... con ese mismísimo...
y de ahí no rebajo nada.
¿Podré yo mirar tranquilo
que tan pronto me separen
de una doncella que ha sido
la primera que en el item
ha dado... ¡vamos, si brinco!

FELIX. ¿Y yo, que aquello que busco

lo encuentro y nada consigo?
Anda, dispon las maletas;
salgamos de aqui.

MOSCARD. Por Cristo
que estoy lelo... ¿Cuando hace
un dia, menos un pico,
que entramos en esta casa,
asi nos vamos? ¿Qué lio,
qué tramoyas y qué enredos,
qué encantos han ocurrido?

FELIX. ¿De anoche te has olvidado?

MOSCARD. ¿De...? apuntarme otro poquillo.

FELIX. ¿Y que hallamos á Isabel
y que luego la perdimos?

MOSCARD. ¡Ah...! no es nada si me acuerdo.
Isabel... ¡Oh...!! sí... ¿y qué ha habido?

FELIX. ¿A que todo lo olvidaste?

MOSCARD. Como tres y dos son cinco.

FELIX. ¡Aparta!

MOSCARD. Es que estaba yo
anoche entre blanco y tinto...
y por eso y otras cosas
que no lo estrañes, te pido.

FELIX. Quita, necio.

MOSCARD. No ha de ser.
Que lo cuentes te suplico.

FELIX. ¡Qué he de decir, si entre dudas
y confusiones vacilo!
Si desde que vine aqui
me encuentro en un laberinto
por el cual sin norte voy...
y cada vez mas perdido.
Anoche encontré á Isabel,
me esquivó, sus pasos sigo,
y huyó con la oscuridad:
vuelvo otra vez, y distingo
una voz... pienso que es de ella,
y encuentro á un desconocido
que el paso me niega audaz;
lo pedí, insistió, y con brío
cerré con él á estocadas...

y lo dejara tendido
si don Diego alli no fuera
obstáculo á mis designios.
Pero salió el encubierto
porque don Diego lo quiso,
y cuando ciego intenté
ir tras de él... don Diego dijo:
yo os daré satisfaccion,
don Felix, venid conmigo.

MOSCARD. Brava aventura por cierto.
¿Y bien, señor, satisfizo?

FELIX. Misterioso por demas
y estremadamente ambiguo
me dió á entender que mi enlace
no era posible...

MOSCARD. ¿Eso dijo?

FELIX. Y que él por mi honor hacia
tan notable sacrificio.
El motivo pregunté,
y contestóme afligido
que no amenguase su honra
obligándolo á decirlo.

MOSCARD. ¿Y de Isabel no le hablaste?

FELIX. Sí le hablé; mas de improviso
mudó de color su faz,
y estático, sorprendido,
sin dar á mis voces crédito
me preguntó: — ¡La habeis visto!!
Don Felix, idos mañana
de esta casa, os lo suplico,
y os juro que la vereis
despues de mañana...

MOSCARD. ¡Lindo!

FELIX. Y añadió con voz horrible:
"Tambien os vereis conmigo."
No pudo decirme mas...
á todo estoy decidido,
y á todo lo que viniere
haré frente, vive Cristo.
El plazo es largo... mas, no;
salir de aqui le he ofrecido,

y quiero cumplir leal...
vamos...

MOSCARD. ¿Es fuerza?

FELIX. Preciso.

MOSCARD. Es que me ocurre una idea
en medio de este embolismo...

FELIX. ¿Y cuál es?

MOSCARD. Con lo que hablaste
aun no sacastes en limpio
adónde Isabel reside.

FELIX. Es cierto.

MOSCARD. Pues yo imagino
que pudieramos saberlo...

FELIX. ¿De qué modo?

MOSCARD. Muy sencillo.
Yo, por mi feliz estrella,
en esta casa trafico...
quiero decir, especulo...
Tampoco es eso, me arrisco,
me espeluzno y doy tormento
á una moza como un pino.
El secreto, tal vez, ella
sabrá desde el *introito*...
¿quieres que vaya á buscarla?

FELIX. Pero...

MOSCARD. Nada, yo te afirmo
que si lo sabe, lo dice,
no hay remedio, este es su oficio.
Es temprano: todos duermen...
ya verás como en dos brincos
la arranco del fregadero
y aqui la tienes... chitico.

ESCENA II.

DON FELIX.

Tiene razon; tal vez ella
podrá calmar mis afanes:
acaso por este medio
podrá suceder que alcance

alguna luz que por dicha
mis confusiones aclare.
Y no falto á mi palabra,
saldré de casa al instante...
esto no mas le ofrecí
y lo cumpliré. ¿Quién sabe
lo que vendrá á sucederme
con este estremado lance?
Y á fé que me desespera
tanta lentitud... ¡qué diantre!
yo que jamas en el mundo
guardé respetos con nadie...
¿andar hoy asi... lo mismo
que andar pudiera un cobarde...?
Cómo ha de ser; mi palabra
ha venido á esclavizarme.
¿Y qué me importa la boda
si de un amor delirante
la mal estinguida llama
con mas violencia hoy renace?
¡Oh! no han de faltarme bodas
en la vida, Dios mediante,
mientras que audacia y espada
en este brazo no falten:
sí, veremos... pero á aqui
lo que esperaba ya sale.

ESCENA III.

DON FELIX. INES. MOSCARDON.

INES. ¿Pero...
MOSCARD. ¡Calla...! desdichada,
ven conmigo sin turbarte,
que en tu vida irás mejor.
INES. ¿No he de saber...
MOSCARD. Al instante;
esto solo es que nos vamos
con la música á otra parte,
y de tí va á despedirse
el mejor de los galanes.

INES. ¿Quién es?
MOSCARD. Velo alli.
INES. ¿Don Felix?
MOSCARD. El mismo, hijita; adelante.
(*Á don Felix.*)
Pues como dije...
INES. Señor...
FELIX. Muchacha, el cielo te guarde.
INES. Y á vos que nunca os olvide.
MOSCARD. (Y á mí que el diablo me agarre.)
FELIX. Voy á salir de esta casa
hoy mismo... mas, quiero antes,
de que un dia estuve en ella
una memoria dejarte.
INES. Señor, no merezco...
MOSCARD. (¿Hay pillo
que con mi dueño se iguale?
¿Quién resiste á una memoria...
y mas si reluce...? ¡nadie!)
FELIX. ¿Y cuál es tu nombre?
INES. Ines,
para serviros...
FELIX. Buen talle.
MOSCARD. (¿Cuánto va que la requiebra
y deja aquello otro aparte?)
FELIX. Pues me parece, Inesilla,
sí..., no quisiera engañarme,
que no es hoy la vez primera
que te he visto...
INES. No os estrañe;
desde ayer que estais en casa
me habreis visto...
FELIX. Ha sido antes.
INES. No recuerdo... (¿Hay tal apuro?)
FELIX. Ni yo recuerdo en qué calle...
MOSCARD. (¿Mas qué importa...)
FELIX. Pero toma
este anillo de diamantes,
que quiero... como recuerdo,
que entre tus dedos lo guardes.
INES. (*Lo toma.*) Pero señor...

MOSCARD. Toma y calla,
Inesilla, y no lo enfades:
en el tomar no hay engaño,
dice el refran, ya lo sabes.
(*Se introduce el anillo en un dedo.*)

INES. (¿Qué he de hacer?) Señor don Felix,
me obligan tantas bondades...

MOSCARD. Y en ello no va interes...
ya lo verás... (Que me arrastren
si mi don Felix no es
mas ingenioso que el hambre.)

FELIX. ¿Y no me querrás decir,
Ines, si ya recordaste,
quién era aquella tapada
que contigo...

INES. ¡Dios me salve!!
Mirad que yo no os he dicho...

FELIX. Nada.

INES. ¿Cómo adivinasteis...?

MOSCARD. (Pues ya descubrió el pastel...
¡estas mozas son tan frágiles!)

FELIX. No es del caso; mas ¿por qué
está en esta casa?

INES. Nadie,
os aseguro, señor,
si no es don Diego, lo sabe.

FELIX. ¿Me engañas?

INES. Verdad os dije.

MOSCARD. (*Bajo.*) Ines, mira esos diamantes.

FELIX. (Como siempre misteriosa.)
¿No hallas medio para que hable
con ella solo un momento?

INES. ¡Qué decís...! pues si hasta el aire
á don Diego le incomoda...

FELIX. ¡A don Diego...!

INES. ¡Dios me ampare!
Si está en casa, siempre en vela,
y va tras ella, si sale...

FELIX. ¿Y esos estremos...?

INES. Parecen
estremos, señor, de amante.

FELIX. ¡Oh...! ¡ya comprendo el por qué
intenta de aqui alejarme...!
¿Y ella...? dime...

INES. Siempre triste,
llora y calla sus pesares...

FELIX. Ines, necesito verla,
es preciso, indispensable...
cuanto tengo te daré...

MOSCARD. Ines, aqui de tus artes.

INES. Es arriesgado...

FELIX. Qué importa;
no hay riesgos que yo no asalte.

INES. Os puede encontrar don Diego...

FELIX. ¿Y no ha de salir mas tarde?

INES. Puede ser; mas los criados...

FELIX. ¿Será dificil que halles
alguna entrada secreta?

INES. Tal vez... pero... no, dejadme.

FELIX. No temas; saldré al momento.

INES. ¡Señor, no...!

FELIX. Si te retraes,
vive Dios que entro ahora mismo.

INES. ¡Jesus...!

FELIX. Dime...

INES. (Vaya un lance.)

FELIX. ¿Por dónde entraré?

INES. Al jardin,
¿sabeis?

FELIX. Sí.

INES. Tras del estanque
hay una escalera estrecha,
oculta...

FELIX. ¿Y dónde parte?

INES. (*Señalando á la puerta que está detras de la cortina.*) Hácia esa puerta...

FELIX. ¿Y despues?

INES. Por dentro hallareis la llave.

FELIX. ¿Y luego?

INES. (*Señalando á la puerta de enfrente.*)
Aquel es su cuarto.

FELIX. No digas mas.

MOSCARD. Que me maten...
Señor, mira hien...
FELIX. ¡Silencio!
MOSCARD. (Me tiemblan todas las carnes...)
FELIX. A Dios, Ines.
INES. Ved, señor,
lo que en ello me va...
FELIX. Cálmate.
Nada has de sentir... A Dios.
INES. La fortuna os acompañe.
MOSCARD. Bien te has portado, Inesilla;
pide á Dios que en bien nos saque.

ESCENA IV.

INES.

¡Qué es lo que he dicho...! ¿Y si aqui,
como es don Felix tan ciego,
lo llega á encontrar don Diego,
y se descubre... ¡Ay de mí!
Reniego de estos amantes...
¿qué pude decirle yo?
fue tanto lo que rogó,
brillan tanto estos diamantes...
Quién sabe... ¿por qué el temor
anticipo? ¿Y si despues
nada sucediese...

ESCENA V.

INES. DON DIEGO.

DIEGO. Ines.
INES. (¡Ay!)
DIEGO. Al punto busca á Leonor;
dirásle que tome el manto
y venga á encontrarme aqui.
INES. Voy... ¿la esperais aqui...?
DIEGO. Sí.
INES. (Su vista me causa espanto.)

ESCENA VI.

DON DIEGO. Despues VERLANGA.

DIEGO. No mas me acuses, honor,
que hoy vas á quedar vengado
aunque me vea obligado
á hacer mi pena mayor.
Atreverse asi á Leonor...
¡y un amigo! ¡Oh...! Su virtud
llenar de amante inquietud...
Di, cruel, ¿cuál es tu objeto?
¿Asi pagas mi respeto
con tan negra ingratitud?
—¿Aún no reparaste en mí?
¿No ves cómo cumplo fiel,
que ciego adoro á Isabel,
y mi pasion guardo aqui?
Es hija tuya... y huí
de volverle á hablar jamas...
¿tan noble pago le das
á un amor que es tan profundo?
¡Oh! ¡qué cierto es que en el mundo
quien mas pone, pierde mas!
(*Sale Verlanga.*)

VERLANG. ¿Señor?

DIEGO. ¿Quién...

VERLANG. Como mandasteis
la silla dispuse ya.

DIEGO. ¿Salió de casa don Felix?

VERLANG. A saber dónde estarán...
él, y su torpe escudero,
se fueron con mil y mas.

DIEGO. Está bien; abajo espera.

VERLANG. Vóime á dormir al zaguan. (*Vase.*)

DIEGO. Él á Isabel conocia;
tal vez como yo sabrá
cuál es su elevado origen...
la busca con ansiedad.
¿Acaso no es un Mendoza
de igual valor que un Guzman?

Yo propondré esta pasion
al que me quita la paz...
y ya veremos si es cierto
que puedo tener rival.

ESCENA VII.

LEONOR. DON DIEGO.

LEONOR. (Estraño en él tanto amor:
¿hoy salir y tan temprano?)
DIEGO. (Ya está aqui... ¡Dios soberano!
¡silencio...! maldito honor.)
LEONOR. Hermano, os obedecí;
sumisa aqui me teneis;
puesto el manto, ya lo veis...
¿salimos de casa?
DIEGO. Sí.
LEONOR. Mi ventura es sin igual...
¿vendreis en mi compañía?
DIEGO. Tambien... ¿pero esa alegría
que mostrais, no os hace mal?
LEONOR. ¡Qué decís! ¿por qué razon...?
Cuando hoy por primera vez...
DIEGO. (Me asombra tanta doblez.)
¿Nada os dice el corazon?
LEONOR. No os comprendo.... ¿cómo asi...?
DIEGO. ¿No comprendeis mis enojos...?
¿Y osais levantar los ojos,
Leonor, delante de mí?
LEONOR. ¡Yo...!
DIEGO. ¿La culpa qué os parece?
Altiva la frente alzais...
¡Oh...! ¿en ella no notais
la mancha que la oscurece?
LEONOR. ¡Hermano...!
DIEGO. Hermana, apartad;
no os acerqueis, que mis brazos
os pueden hacer pedazos...
LEONOR. Oidme, señor...
DIEGO. ¡Callad!

¿qué podeis decirme, en fin,
en pro de tan necio error?
Anoche...

LEONOR. (¡Cielos!)

DIEGO. Leonor,
¿no estabais en el jardin?

LEONOR. ¡Piedad...! ¿Os han dicho...

DIEGO. Os vi...
y mas quisiera haber sido
por un rayo confundido
que veros tan loca alli.

LEONOR. Perdonad mi amor fatal...
¿Por qué os lo tuve encubierto?
Él es vuestro amigo...

DIEGO. Cierto...
y un amigo muy leal.

LEONOR. No es grave mi culpa, no.
Si vos tanto lo estimais,
¿por qué, decidme, estrañais
que tambien lo estime yo?

DIEGO. ¿Sabeis vos lo que decís?

LEONOR. ¡Ay! que es mi pasion primera...

DIEGO. ¿Y no os ha dicho él quién era?

LEONOR. ¿No es vuestro amigo don Luis?
¿qué mas decirme debió?

DIEGO. ¡Insensata...! ¿Que es mi amigo
el que aparenta conmigo
y tu inocencia engañó?

LEONOR. ¡Ay...! ¡qué escucho...!!

DIEGO. ¡Vive Dios!
Amigo que asi me trata...
amistad que mi honra mata
¡oh...! no la habrá entre los dos.

LEONOR. ¿Quién es? ¡Ay! ¿me engañaba...?

DIEGO. Harto
lo habeis de llorar despues.

LEONOR. ¡Decidme...!

DIEGO. ¡No...!

LEONOR. (*Con la mayor ansiedad.*)
Sí... ¿quién es...?

DIEGO. ¡El rey don Felipe cuarto!

LEONOR. ¡Ay...!

DIEGO. Sí, infeliz; llora, llora...
arráncate el corazon
porque abrigó una pasion
que nuestro nombre desdora.

LEONOR. ¡Dios mio...!

DIEGO. ¿Por qué este arcano
guardabas tenaz asi?
¿Por qué lo ocultabas, di,
á los ojos de tu hermano?
¡Leonor...! en la tierra ¿quién
tu ventura procuró?
¿Quién, hermana, mas que yo
celoso buscó tu bien?
¿Y no te estrañaba, di,
amante, que aunque mi amigo,
hablaba de amor contigo
y se ocultaba de mí?
¿Y te olvidaste, Leonor,
en cuánto tengo á mi fama,
y que esa tu amante llama
pudiera abrasar mi honor?

LEONOR. ¡Piedad...! ¡mucho os ofendí!
¿Por qué tanto os he afligido...?
¡Hermano...! ¡por Dios os pido
que no me mireis asì...!
¡Ay Dios! He sido engañada
cuando feliz me creía:
he perdido mi alegría...
¿soy yo menos desdichada?
¡El rey...! y al seguir mis huellas
burlaba de amor las leyes...
¡Hermano! ¿tambien los reyes
engañan á las doncellas?

DIEGO. ¡Leonor!!

LEONOR. Ocultadme, sí:
solo este medio nos queda...
llevadme donde él no pueda
poner los ojos en mí.
¡Llorais...! ¡Oh! ¡Cielos! ¡qué haceis!
yo que nunca os vi llorar

y causo tanto pesar...
¡Oh...! ¡nunca me abandoneis!

DIEGO. (*Abrazándola.*)
¡Leonor mia...! ¡Ah! ¡Buen Dios!
tan infeliz y tan bella...
¡Ay...! ¡qué menguada es la estrella
que nos alumbra á los dos!

LEONOR. Escondedme, hermano mio:
calmar vuestro afan deseo...
vamos... pienso que lo veo...
que está á mi espalda el impío...

DIEGO. ¡No...! ven...

LEONOR. ¿Amais á Leonor?

DIEGO. ¿Ves las lágrimas que enjugo?

LEONOR. Huyamos de ese verdugo...

DIEGO. ¡Sí...! salvemos nuestro honor.

ESCENA VIII.

INES en la puerta del fondo observando á los que acaban de salir de la escena: poco despues ISABEL, por la puerta de la derecha.

INES. Parecióme que reñian
y que andaban de revuelta...
pero no, tan abrazados...
no puede ser. ¡Santa Tecla!
¿Tan temprano adónde irán?
¿á pasear, ó á la iglesia?
Quién sabe, hay tanto misterio...
el demonio que lo entienda.
(*Sale Isabel.*)

ISABEL. Sí; quiero hablar con don Diego;
es preciso que lo sepa...
que de un mortal enemigo
generoso me defienda.
Nadie aqui...
(*Repara en Ines.*)
¡Ah...! qué haces, Ines.

INES. Señora... (¿Tambien despierta?
cuando digo que hoy en casa

todos estan de revuelta.)
Miraba cómo don Diego
y doña Leonor se alejan...

ISABEL. ¡Qué! ¿salen de casa?

INES. Sí.

ISABEL. Dios mio, dadme paciencia.

INES. (Esta, siempre suspirando;
aquellos otros, en guerra...
por saber todo este enredo
cualquier sacrificio hiciera.)
¿Salir tan presto de casa,
decid, no os causa estrañeza?

ISABEL. Mas que estrañarlo lo siento.

INES. Me duelo de vuestras penas.
¿No han de tener nunca alivio?

ISABEL. Jamas, Ines.

INES. (Si supiera
que don Felix... voy á ver;
hagamos la descubierta.)
Estoy, señora enojada...

ISABEL. ¿Y por qué?

INES. Por causa vuestra.

ISABEL. Por mi causa, Ines: ¿qué dices?
¿Enojarte yo pudiera?
Yo que jamas he querido
causar á nadie molestia,
porque sé cuánto se sufre
cuando se siente de veras,
¿podré acaso inadvertida
haberte causado penas?

INES. Ayer dudasteis de mí.

ISABEL. ¡Dudar de tí...! cosa es esa,
Ines, que no me perdono.
¡Ayer...! ¿y por qué esa ofensa?
Ayuda tú á mi memoria
y quedarás satisfecha.
Dime, que quiero saber
en qué se fundan tus quejas.

INES. Os dije que aquel criado
que aqui vi...

ISABEL. Deten la lengua,

no lo nombres... Harto siento
que tanta razon tuvieras.
¡Dios mio...! vuelvo á mi cuarto;
aqui encontrarme pudiera...

INES. ¡Encontraros! no temais,
que aqui mas, señora, os vea.
Por siempre dejó esta casa...

ISABEL. ¡Qué dices! ¿cuándo?

INES. Hoy...

ISABEL. ¡Se aleja...!
No ha podido resistir
al grito de la conciencia.

INES. Quién sabe por qué será;
de grande pesar dió muestras...

ISABEL. ¡De pesar...! no, te equivocas;
y si las dió, fue de vergüenza.
Recordó que el que una vez
su fé y su palabra empeñan,
no es noble ni es caballero
cuando falta á sus promesas.

INES. Pensais de él siempre unas cosas...
Si lo hubierais visto...

ISABEL. Cesa.
¿No sabes que finge bien?

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL. INES. DON FELIX, asomándose por detras de la cortina.

FELIX. (¡Audacia...! ¡Cielos...! ¡es ella!)

INES. Es tan galan...

ISABEL. Cierto, sí:
tan galan como traidor;
jamas conoció el amor.

FELIX. (Y estan hablando de mí.)

INES. Señora, sois estremada
para aborrecer...

ISABEL. Pluguiera
á Dios que estremada fuera...

FELIX. (Bien se porta la criada.)

INES. ¿No habeis de verlo?
ISABEL. Jamas.
INES. Si supierais...
ISABEL. Harto sé
que ingrato conmigo fue.
FELIX. (Por Dios que no puedo mas.)
(*Don Felix se adelanta sin ser visto y se coloca á la espalda de Isabel.*)
ISABEL. ¿Cómo olvidar la traicion
del que obró tan fementido...
del que tanto me ha afligido...
FELIX. (*Doblando una rodilla.*)
Y hoy pide á tus pies perdon.
ISABEL. ¡Cielos!
INES. (Audaz amador.)
FELIX. ¡Isabel...!
ISABEL. Salid de aqui:
¿venís delante de mí
para insultar mi dolor?
FELIX. Escucha.
ISABEL. ¡No, no...!
FELIX. Ha de ser.
ISABEL. ¿Qué venís á demandar...?
¿Pensais que vais á encontrar
la delirante de ayer?
Ya hay un muro entre los dos;
por fin los ojos abrí...
amor no hallareis aqui,
sino desprecio hácia vos
FELIX. Isabel, no eres buen juez
cuando asi me juzgas reo...
¡Odiarme tú...! no lo creo,
habla por tí la altivez:
las palabras de tu afan
no temas me mortifiquen.
INES. (Dejarlos, hé, que platiquen,
que al cabo se entenderán.) (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA ISABEL. DON FELIX.

ISABEL. Si nada os altera,
gentil amador,
y dar no quereis
asenso á mi voz,
sacaros de dudas
será lo mejor.

FELIX. Y bien, ¿de qué modo?

ISABEL. Huyendo de vos.

FELIX. (*Deteniéndola.*)
¿Huyendo, Isabel?
escucha...

ISABEL. No, no.

FELIX. ¿Adónde se oculta,
adónde, buen Dios,
aquella Isabel
modelo de amor,
ayer generosa...

ISABEL. ¡Aquella, murió!
¡murió...! al ver burlada
su noble pasion.

FELIX. ¡Oh...!

ISABEL. Y solo en la tierra
su sombra quedó...
su sombra, que agita
el odio, el rencor...
y es esta que veis
delante de vos.

FELIX. ¡El odio...! ¿deliras?
te engaña el dolor.

ISABEL. Tambien un don Lope,
que un tiempo adoró,
de la haz de la tierra
huyóse veloz...
murió mi don Lope,
don Felix quedó.

FELIX. Para adorar tu hermosura
y para lavar su error,

dando pábulo al amor
que formaba su ventura.

ISABEL. ¿Quién sois vos? ¿qué osais decir?
¿de mis palabras dudais,
ó por ventura pensais
que otra vez quiero morir?

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL. DON FELIX. EL REY, que al reconocerlos se queda en observacion.

REY. (Sepamos qué es de Leonor...
¡Don Felix con Isabel!)

FELIX. Verdad que no he sido fiel,
pero templa tu rigor.
Mi disculpa has de escuchar
y ten mas piedad de mí,
pues solo está para tí
reservado el no pecar.

ISABEL. ¿Y hallareis buena razon
que ahuyente vuestros engaños?
¿qué hicisteis hace dos años?

FELIX. ¿Y no te pido perdon?

REY. (¡Se conocian!)

FELIX. ¿No ves
que estoy de mi error corrido,
y que una y mil veces pido
la absolucion á tus pies?

ISABEL. ¡Alzad, huid, seductor...!
perdon iluso pedís...
perdon quereis, y venís
á casaros con Leonor.

FELIX. ¿Y en ello soy criminal?
Contáronme por muy cierto,
Isabel, que habias muerto
mientra estuve en Portugal.
Y tanto lloré por tí
que mis deudos lo supieron;
casarme entonces quisieron,
negué, instaron y cedí.

Y casárame por fin
sin saber lo que me hacia,
si anoche por dicha mia
no te hallara en el jardin.

REY. (¡Anoche!)

FELIX. ¿Créesme, Isabel?
¿dudas de mi amante fuego?

ISABEL. Bien lo decís... mas don Diego...

FELIX. Eso es lo cierto, cruel.
Di que tienes otro amor
que te fuerza á obrar asi...
y no me culpes á mí,
ni digas que fuí traidor.

ISABEL. ¡Don Felix...! (¡pasion insana!)
no comprendeis mi intencion:
¿por una muerta pasion
burlar quereis á su hermana?

FELIX. Estoy libre de mi empeño;
cierto lance me libró...

REY. (¡Qué escucho!)

FELIX. Y todo pasó
lo mismo que pasa un sueño.

ISABEL. Pero decidme...

FELIX. No sé,
y por Dios que no me aflijo:
don Diego mismo me dijo
que libre en todo quedé.
No quiso decirme mas
que importando á la honra mia,
él á Leonor llevaria
do no la vieran jamas.

REY. (¡Ah...! ¡entiendo...!)

FELIX. Despues salí...
con pesar, sábelo Dios,
salieron tambien los dos,
y por verte á entrar volví.

REY. (¡Ah...! y ya no es tiempo...)

FELIX. Isabel...
mas, quiero olvidar mi boda,
que está en tí mi dicha toda,
y al cabo te encuentro fiel...

¿Separarnos...? no, ¡jamas...!

ISABEL. ¿No recordais que mi cuna...

FELIX. Será tuya mi fortuna,
conmigo noble serás.

REY. (¿Don Diego burlarme asi?)

FELIX. ¿Qué me importa otro blason?
¿Podré hallar un corazon
mas noble que el que hay en tí?

ISABEL. ¡Ah, don Felix...!

FELIX. Sí; y mi amor
lo llevaré hasta el altar.

REY. (Por Dios que me he de vengar.)

(*Se adelanta y se coloca en medio de los dos.*)

Salud.

ISABEL. ¡Cielos!

FELIX. ¡Vos, señor...!

REY. (*A Isabel.*) Esperad.

(*A don Felix llevándole al otro lado.*)

Oidme aqui.
¿Amais á Isabel...?

FELIX. Confieso
que la adoro con esceso.

REY. ¿Y hace mucho?

FELIX. Mucho, sí.

REY. ¿Ignorais que es hija mia?

FELIX. ¡Vuestra, señor...! ¡qué decís...!

REY. ¿Para amarla aún os sentís
con suficiente osadía?

FELIX. No sé si lo entiendo mal,
señor, pues aliento apenas...
pero tambien en mis venas
circula sangre Real.

REY. Vuestra esposa es ya.

FELIX. ¿Seguro?

REY. Jamas quiero le digais
quién le dió el ser... ¿lo jurais?

FELIX. A fé de Guzman lo juro.

(*Acercándose á Isabel.*)

REY. Siempre os quise con afan.

ISABEL. Harto me habeis protejido.

REY. Y hoy os doy para marido

á don Felix de Guzman.

ISABEL. ¡Señor...!

FELIX. Dejadme que asi
vuestras plantas bese ciego...

REY. ¡Alzad...! ¿quién viene...? ¡Es don Diego...!
Venid, ocultaos aqui.
(*Ocúltanse detras de la cortina.*)

ESCENA ÚLTIMA.

EL REY. DOÑA ISABEL. DON FELIX. DON DIEGO.

REY. (Él mi pasion ha burlado;
yo burlo su amor tambien.)

DIEGO. (¡Ah...! ¡cielos...!) ¿Aqui, señor?

REY. ¿Qué, don Diego, os sorprendeis?
¿No pensabais encontrarme
aqui esperándoos?

DIEGO. No á fé.

REY. Estais triste... ¿qué os sucede?

DIEGO. Cuanto puede suceder
al que busca la salud
y está peor cada vez.

REY. ¿Estais enfermo?

DIEGO. Lo estuve.

REY. ¿Con que curásteis...?

DIEGO. Curé.

REY. La boda de vuestra hermana...

DIEGO. (¡Cielos...! ¡no me abandoneis!)
La boda... señor... la boda...
de mi hermana, va muy bien.
Muy pronto tendrá un esposo...

REY. ¡Esposo decís...! ¿y quién?

DIEGO. Dios.

REY. ¿Tal vez le dais estado
que de su gusto no es?

DIEGO. Si es de su agrado ó no,
eso, señor, no lo sé;
solo sé que á mi honor cumple,
y cumpliéndole ha de ser.

REY. ¿No os dije que hasta que os diera

mi permiso...

DIEGO. Decís bien...
pero hubo un hombre, señor,
que engañó su sencillez...
un hombre, de quien su hermano
no la puede defender...
(ni vos tampoco, y por eso
en Dios amparo busqué...
que con Dios nadie se atreve,
pues rey de los reyes es.

REY. (¡Vive el cielo...!) Mas decidme,
¿qué tal guardais á Isabel?

DIEGO. Como noble y como honrado.

REY. ¿Nadie la habló...

DIEGO. ¿Aquí de qué?

REY. De amores...

DIEGO. Nadie, señor.

REY. ¿Decís nadie? Vedlo bien,
que os hago ahorcar si no es cierto.

DIEGO. ¡Ahorcar...! ¿dudais de mi fé?

REY. Ved si dudo; esa cortina,
como prueba, descorred.

DIEGO. ¡Vive Dios...! ¿pues qué hay aquí?
(*La descorre.*)
¡Cielos...!! ¡mis ojos qué ven...!
(*Pausa.*)
(*Al rey con ira reconcentrada.*)
¡Bien me hicísteis apurar
el caliz de la amargura!

REY. Son esposos...

DIEGO. (¡Suerte dura...!
¡Oh...! ¡ya qué puedo esperar!)
Ya que unísteis á los dos,
ya que á mi hermana perdí...
no querreis ya mas de mí...

REY. ¿Dónde vais?

DIEGO. ¡Sábelo Dios!

FELIX *é* ISABEL. ¡Don Diego...!

REY. (Mal me he vengado,
que cese mi injusto encono...)
Venid, don Diego, os perdono

y os quedareis á mi lado.
(*Con ironia.*)

DIEGO. ¿Me perdonais...? lo agradezco,
porque es mi delito tal
que acaso no tendrá igual...
¡grande favor os merezco!

REY. (*Bajo.*)
Los he unido porque sé
que era antigua su pasion.

DIEGO. Sí señor, teneis razon;
yo fuí solo el que pequé.

REY. Desde hoy, don Diego, tendreis
en vez de rey, un amigo...

DIEGO. Yo á Dios pongo por testigo
que siempre me encontrareis.
Pero en la corte, jamas;
huiré de ella, y con Leonor...
que aqui siempre, gran señor,
quien mas pone pierde mas.

FIN DE LA COMEDIA.

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas; en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Alicante.....	*Champurán.*
Alcoy.....	*Marti Roig.*
Badajoz.....	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Barcelona.....	*Piferrer.*
Burgos.....	*Arnaiz.*
Cádiz.....	*Moraleda.*
Córdoba.....	*Berard.*
Coruña.....	*Perez.*
Granada.....	*Sanz.*
Habana.....	*Alegria y Charlain y en la de Ramos.*
Jerez.....	*Bueno.*
Málaga.....	*Viuda de Aguilar.*
Murcia.....	*Benedicto.*
Oviedo.....	*Longoria.*
Pamplona.....	*Suarez.*
Palencia.....	*Pastor.*
Santiago.....	*Rey Romero.*
Sevilla.....	*Caro Cartaya.*
Santander.....	*Martinez.*
Salamanca.....	*Blanco.*
Toledo.....	*Hernandez.*
Valladolid.....	*Rodriguez.*
Vitoria.....	*Hormilugue.*
Valencia.....	*Mallen.*
Zaragoza.....	*Yagüe.*